

TRANSGREDIR FRONTERAS: REFLEXIONES SOBRE LO NACIONAL, DISCIPLINAR Y PARADIGMÁTICO A PARTIR DEL ANÁLISIS HISTÓRICO DEL NEOLIBERALISMO ¹

Hernán Ramírez²

Resumen: En este artículo reflexionamos acerca de las potencialidades que un abordaje que supere las fronteras de lo nacional, disciplinar y paradigmático trae al análisis historiográfico del neoliberalismo así como los desafíos que ello apareja. Ese objeto requiere necesariamente de un estudio que contemple esas tres dimensiones, ya que su complejidad es tal que excede esos límites al no estar anclado en ninguno de ellos. De todos modos, tal proposición no implica impugnarlas del todo, ya que al hacer lábiles esas demarcaciones corremos el riesgo de perder parte de la complejidad, sutileza y precisión que ese otro tipo de estudios le confieren, las que deben ser comprendidas en una propuesta que las conjugue dialécticamente.

Palabras-claves: transnacional; transdisciplinar; transparadigmático; historiografía; neoliberalismo.

TRANSGRESSING BORDERS: REFLECTIONS ABOUT THE NATIONAL, DISCIPLINARY AND PARADIGMATIC FROM HISTORICAL ANALYSIS OF NEOLIBERALISMO

Abstract: In this essays we reflect on the potential of an approach that overcomes the boundaries of the national, disciplinary and paradigmatic brings to historiographical analysis of Neoliberalism and the challenges this entails. That object necessarily requires a study that addresses these three dimensions as its complexity is such that it exceeds those limits, not being anchored in any of them. Anyway, that proposition does not imply challenge them at all, since when to become do these demarcations labile we risk losing some of the complexity, subtlety and precision that other studies lend, which must be included in a proposal that the conjugates dialectically.

Keywords: transnational; transdisciplinary; transparadigmatic; historiography; neoliberalism.

¹ Este artículo es producto del proyecto de investigación “O neoliberalismo sul-americano: perspectiva comparativa de Argentina, Brasil e Chile na segunda metade do século XX”.

² Profesor investigador de la Universidade do Vale do Rio dos Sinos (UNISINOS). Doctor en Historia Social por la Universidade Federal do Rio Grande do Sul (UFRGS), con Post-doctorado en Ciencia Política en el Instituto Universitário de Pesquisas do Estado do Rio Grande do Sul. Endereço institucional: Av. Unisinos, 950, Caixa Postal 275, Sala 1A427, Bairro Cristo Rei, São Leopoldo, Rio Grande do Sul, Brasil - CEP 93022-000. E-mail: hramirez1967@yahoo.com.

*Porque la filosofía quiere crear claridad mediante la descripción, se ocupa de problemas, y no de un problema.
No se trata de perseguir ante todo la exactitud y claridad absoluta sino la transparencia del conjunto. A nuestra gramática le falta transparencia en el todo, la capacidad de ver interrelaciones.*

Ludwig Wittgenstein (1988)

La historia como ciencia, por lo menos en los espacios que mejor conozco y de forma general, se ha ido confinando peligrosamente y se limita desde hace mucho tiempo en gran medida a procedimientos inductivos, los que muy difícilmente llegan a generalizaciones, por pequeñas que ellas fueren.

También muestra movimientos que pueden ser algo desconcertantes, y por momentos penden, algunas veces sin saberlo, entre imperativos postpositivistas (GUBA y LINCOLN, 1994) y un discurso que se reviste con un barniz hermenéutico, que le confiere así un cierto aire de postmodernidad.

Evidentemente que es correcto desterrar aquellas visiones totalizantes y deductivistas extremas que tanto daño causaron a la sutileza del pensamiento, empobreciéndolo, pero ello también se aplica al dominio excesivo del empirismo, que nos ha conducido al error opuesto, tan condenable como aquel otro³.

En el escenario actual, el historiador está centrado en su labor disciplinar, es obediente a sus fuentes y sus objetos son cada vez más microscópicos. Lejos han quedado pretensiones más amplias de transponer fronteras, desobedecer en el buen sentido el *status quo* y mirar el bosque junto al árbol⁴.

Salvando las distancias, podemos extender ese panorama al conjunto de las ciencias sociales, con las honrosas excepciones del caso, lo que no nos anima demasiado, ya que el consuelo de muchos por lo general ayuda muy poco. Esa frustración no es personal; otros, como Georges Gusdorf (1983), que coloco a manera de ejemplo para mencionar sólo uno, también se quejan amargamente.

En términos más concretos, todo ello aconteció cuando la rebelión contra el pensamiento marxista esquemático nos llevó a niveles ciertamente opuestos, imponiendo el paradigma del giro lingüístico como hegemónico, sin explicar que el

³ La polémica que trabaron Nicos Poulantzas y Ralph Miliband en las páginas de *New Left Review* son un buen indicador de ello. Horacio Tarcus la recopiló y tradujo de forma completa (1994).

⁴ La constatación para el caso brasileño nos la proporciona Emilia Viotti da Costa (1998), la decana de sus historiadores. Charles Wright Mills iba mucho más allá, adjudicándole intencionalidad política, especialmente en su apéndice sobre "Artesanía intelectual" (1961).

mismo también era fruto de un determinado entramado social, que no era un mero enunciado discursivo.

Puede parecer ésta una lectura pesimista, mas no es esa nuestra intención sino la de tratar de encontrar algunas respuestas para tornar el análisis de nuestros objetos un poco más rico. Tampoco queremos establecer un salomónico justo medio entre los dos extremos, cuyo final sería tan desolador como aquel del dilema bíblico, sino entenderlo como procedimiento dialéctico que incorpore las virtudes de cada uno de ellos, a la vez que nos libere de sus deméritos, por lo menos de los más evidentes.

Si bien podemos llegar a un cierto consenso en cuanto a que existe una crisis en las ciencias humanas, ese no es un panorama, o al menos no es lo que visualizamos como integrantes de ellas, en las ciencias duras. A veces con razón, otras no tanto, nos quejamos del éxito que ellas han tenido para imponerse y ganar recursos. Por eso las vemos de forma distante, con recelo y hasta con cierto desprecio.

Quién no ha condenado vehementemente las coautorías de innumerables investigadores en los artículos que publican sin que comprendamos cabalmente los motivos que llevan a ello y las ventajas o no de esos procedimientos, para quedarnos sólo en un caso en que nuestra sutil ironía traviste, tal vez, una inefable envidia.

Aquel que por ventura analice nuestra producción a partir de la autoría puede llegar a la conclusión de que la tarea de un cientista social es en gran medida solitaria. En el mejor de los casos las compilaciones dan muestra de que hay un cuerpo colectivo por detrás, aunque muchas veces se reduzcan a una simple sumatoria de voluntades reunidas de manera coyuntural y sin trabar un verdadero diálogo.

Seguramente podremos ser criticados al traer a colación ejemplos que parecieran revivir los embates que las ciencias sociales debieron trabar hace ya mucho tiempo para posicionarse ante las exactas, que se imponían como el modelo a seguir. Aquí no pretendemos reeditar esas querellas, sino apenas mostrar cómo esos dos cuerpos de disciplinas trabajan en algunos casos, para así poder encontrar algunas herramientas metodológicas que nos sean más útiles.

Ese extrañamiento no nos ha permitido ver que las dichas ciencias duras son menos estancas de lo que habitualmente creemos. La colaboración entre ellas es mucho mayor, la transdisciplinariedad parece ser efectiva, inclusive haciendo lábiles los límites paradigmáticos, y de ninguna manera las detienen las fronteras nacionales.

Por tal motivo, estas reflexiones intentarán establecer un diálogo amplio y sistemático, poco exhaustivo si se quiere, entre distintas propuestas epistemológicas para cuestionarnos sobre muchos de esos problemas. De todos modos, para ser fiel a mi origen e intentar escapar al peligro de la abstracción sin substancia, las anclaré en el análisis del neoliberalismo, objeto al que me he dedicado hace algún tiempo y sobre el cual creo que puedo realizar afirmaciones sin demasiada superficialidad y que no caigan en el vacío.

Advertimos de que como se nutre de mi propia experiencia, este artículo tendrá mucho de autobiográfico, no por las vanidades que todo intelectual tiene o debería tener en dosis saludables, sino como ejercicio concreto de contrastación entre teoría y praxis a través de un relativamente largo recorrido en que las dos fueron retroalimentándose y ajustándose en lo personal. Podemos decir que es casi una reflexión en voz alta, sin ninguna pretensión normativa.

Estudiando el neoliberalismo hemos podido llegar a una verdad que puede considerarse de Perogrullo: que es un objeto complejo. Ello puede darnos la falsa impresión de que nos aproximamos a la teoría de la complejidad en ese punto, ya que la misma estableció tal enunciado hasta para los objetos aparentemente más simples⁵. No obstante, nos diferenciamos de ella al considerar que, al hacer extensiva tal categoría para todo el universo de lo existente, la misma perdería todo su potencial ontológico. Por lo cual, la constatación que realizamos no es tan obvia y pretende establecer una distinción clara entre aquellos que poseen tal atributo y los que no.

En ese sentido, también resulta palmario que la historia de las ideas sería una de las entradas lógicas a nuestro objeto, visto que el neoliberalismo fue constituido por diversos componentes teóricos y se aleja en mucho de ser un pensamiento único, pero sin duda admite muchas otras. De forma diferente a lo que popularmente se cree, tal tipo de pensamiento no se reduce a una teoría económica. Aunque tenga su núcleo duro y sea más conocido en esa área, también se extendió a otras esferas, con propuestas en lo político, el derecho, la filosofía, la historia y la epistemología, entre tantas otras. También tuvo impactos amplios en diversas esferas y en casi todas las latitudes, sin conocer un origen preciso, a la vez que ha sido objeto de muchas investigaciones desde

⁵ Ello deviene del principio hologramático de tal teoría, que postula la tesis de que el menor punto contiene casi la totalidad de la información del objeto representado, es decir, en otras palabras, la parte está en el todo, el todo está en el interior de la parte, que está en el interior del todo (MORIN, 2001). Inclusive en muchas de las apropiaciones el adverbio casi desaparece, lo que lo torna aún más peligroso.

diversos campos disciplinares y posiciones teóricas, razones por las cuales calza bien a nuestro propósito.

Tal vez igualmente suene nuestra propuesta como algo ampulosa, mucho más al tratarse de un artículo, pero creo que viene al caso de este dossier. Muchas veces, como herederos de Ariel, los intelectuales latinoamericanos hemos dejado a los Prósperos que nos sirvan de guía, acomplejados a la hora de alzar vuelos más atrevidos. Poco nos aventuramos a realizar abordajes de este tipo, para lo cual estaríamos particularmente habilitados, dado que aquí también existe un abundante cúmulo de trabajos empíricos que bien pueden ser la base para otros de cuños más teóricos. Ciertamente que esa tarea es realizada. Cada tesis, libro o artículo lo tiene invariablemente, pero no lo debatimos tanto ni lo publicamos *per se*, salvo en módicas dosis, casi siempre tímidas.

Por ello, la pregunta que me he formulado cada vez más y que ahora comparto en este artículo es la de cómo comprender un fenómeno que no se encaja en las fronteras nacionales, de las disciplinas y de las teorías, las que tienden a confluir en un vórtice que desautoriza las herejías de los heterodoxos y las encierra en sus propios argumentos.

Como se puede intuir por la amplitud de los cuestionamientos, aclaramos igualmente que las respuestas no vinieron *in totum*, fueron rumiadas en ese transcurso y han confluído para una propuesta que sea tansnacional, transdisciplinar y transparadigmática. En mi caso, al menos, se revela como aquella que puede ser más fecunda, dado que alza la mirada en una dirección que nos permitirá comprender mejor un objeto que trasciende todas esas fronteras.

Cuando el cerco imaginario se torna real

Impugnar el carácter nacional de nuestras producciones historiográficas es, tal vez, lo más fácil de emprender y no por casualidad lo he escogido para iniciar nuestro recorrido. Después de largas discusiones, los estudiosos de las nacionalidades tienden a confluír en la creencia de que ellas son una construcción moderna y no una característica necesaria de la agregación humana. Benedict Anderson (1989), Gopal Balakrishnan (2000) y Eric Hobsbawm (1990), entre otros, apuntan en esa dirección y, como sus proposiciones son ampliamente conocidas, no me detendré demasiado en profundizarlas. Menos consensual es la idea de que el propio desarrollo capitalista dio vida a las nacionalidades. Tales construcciones eran necesarias para proteger los

mercados y generar lealtades por parte de las clases dominadas, que así pasaban a defenderla sin percibir que los intereses representados no eran los suyos y sí los de la burguesía, que así podía establecer un dominio hegemónico (POULANTZAS, 1970).

A modo de ilustración, el carácter imaginario de lo nacional queda más que explícito en el caso del industrial Piero Astori, que nos deja absortos al leer en su discurso inaugural⁶ de la Fundación Mediterránea, un centro que abrazaría el neoliberalismo cómo este italiano, que ha llegado a la Argentina con 25 años de edad, invoca sin empacho alguno a la nación, la patria y los antepasados para enaltecer el hecho. Sin descartar que haya empleado tal recurso como un ardid discursivo para entusiasmar a la platea, tampoco podemos tacharlo taxativamente de ese modo. Otro ejemplo, más sombrío, es el que nos proporciona Henning Albert Boilesen, empresario dinamarqués naturalizado brasileño y conspicuo miembro de entidades corporativas del sector, inclusive golpistas, que practicó actos de tortura y posiblemente asesinatos, lo que acabaría pagando con su propia vida, junto a fuerzas represivas paraestatales, que decían defender la nación de fuerzas foráneas. Que nacidos en el extranjero se levantaran en defensa de un interés supuestamente perteneciente al de otra patria que no fuera la de su origen no implica, necesariamente, que no lo hicieran genuinamente, dado que en estos casos el “sentirse” puede colocarse por encima del propio ser.

De la misma manera, ha sido largamente debatida la forma en que la historia como ciencia fue una herramienta, y quizás una de las más relevantes, para constituir la propia nación, al instituir los grandes relatos que la justificaban. En cierta medida, las narrativas históricas han servido para dar legitimidad a muchas otras organizaciones políticas desde tiempos inmemoriales, pero no hay duda de que con ella alcanza una grandiosidad y sistematicidad sin par.

Menos estudiado, pero no por ello de menor impacto, fue el hecho de que esa construcción terminaría por conformar la historia en cuanto disciplina, la cual pasó a organizar su campo de acuerdo con esos moldes, con lo que las academias de los países quedaron presas en sus propias amarras. Las fronteras entre países pautan nuestras producciones historiográficas, en el mejor de los casos, ya que la mayoría no llega ni a ello, dedicándose a los análisis microregionales, con poquísimas producciones que los excedan. No por nada es que la perspectiva transnacional alza su vuelo más alto con la aparición del paradigma postcolonial.

⁶ *Novedades Económicas*, Año 1, n° 0, enero/febrero de 1978, p. 7.

Sea por los sistemas burocráticos de cada país, las propias necesidades políticas u otros diversos intereses, las historiografías nacionales adquieren características propias, claro que con influencias, las que a su vez pueden y suelen estar determinadas por esas mismas razones, pero las que a veces difieren, y en mucho, de lo que es producido de forma general o hasta en territorios vecinos. Ello no sólo le da tonalidades diferentes, sino que muchas veces torna difícil hasta el diálogo, por mínimo que este sea, que es fundamental para aproximarnos a un objeto como el neoliberalismo, y me atrevo a decir que a la producción eidética en general entre muchos otros.

Tomando, por ejemplo, las producciones en historia económica, que son centrales para el estudio del neoliberalismo, podemos concluir que existe un abismo entre lo que es investigado y se produce en los países del Cono Sur de América Latina, para quedarnos en una escala restringida.

En Argentina se ha producido una generosa cuota de estudios sobre esa temática abordados por el prisma de historiadores, tal vez por causa de sus crisis cíclicas, mientras que los mismos están casi ausentes en Brasil, bastando como prueba de ello las ponencias presentadas a los dos eventos más importantes del área. Y, si bien en este país algunos trabajos son llevados adelante por otro tipo de científicos sociales, como economistas, sociólogos, politólogos y hasta antropólogos, muchas veces ellos suelen dar prioridad a otros ángulos de análisis, especialmente en cuanto a los recortes temporales, lo que no es suficiente para llenar el vacío existente.

Y así podemos seguir con una extensa lista de temáticas cuyas topografías son bastante asimétricas de acuerdo con las latitudes de producción, y no me refiero a aquella asimetría que podríamos considerar “natural”, como es perceptible con los estudios sobre militares. Estos son otros de los actores claves para entender nuestro objeto, dado que la primera etapa de implementación de políticas de cuño neoliberal ocurrió durante las dictaduras, por lo cual conocer sus dinámicas se torna también esencial. Aquí la relación se invierte; Brasil demuestra una profusión de trabajos sobre ese asunto desde épocas lejanas, lo que no se evidencia en su hermana platina, en donde recién comienza a trillarse ese camino.

Igualmente, como el neoliberalismo es una ideología, y puede tomarse esa categoría tanto en el sentido marxista tradicional como en el más laxo⁷, que se gestó y actuó de forma transnacional, las fronteras historiográficas entre países pueden resultar un estorbo a la hora de su análisis, inclusive fue ella la que postuló el surgimiento de un nuevo tipo de sociedad en el que las barreras locales serían superadas.

Cuando escudriñamos los meandros de la expansión neoliberal detectamos la presencia de varios miembros de la Universidad Francisco Marroquín, de Guatemala, que fue un centro difusor relevante de tal ideología en el continente. No obstante, incluir tal país en un esfuerzo comparativo en sentido estricto sería demasiado costoso, en tiempo, sacrificios y hasta dinero, o inviable en sentido metodológico, por lo cual la mirada transnacional, sin ese corset, pareció ser la solución al problema, ya que lo podía incorporar sin tener que realizar un gran dispendio de energías y así podíamos resolver algunos problemas de escala.

Es por ello que los estudios desde esta perspectiva han ganado cada vez más espacio en el mundo académico (BASCH, GLICK-SCHILLER y SZANTON-BLANC, 1993), dado que resulta apropiada para comprender algunos objetos, como el de las ideologías, en este caso el neoliberalismo, que se diseminaron por amplias zonas del planeta transponiendo fronteras, las que deben imponernos sus barreras si lo queremos comprender en todas sus dimensiones, con los peligros que ello acarrea y, claro, también con las ventajas que nos puede ofrecer sobre otras perspectivas.

Sin embargo, la Panacea de la aldea global nunca se alcanzó totalmente, ni siguiera en la cúspide de la última etapa de mundialización, que fue considerablemente menor a la alcanzada con el liberalismo económico durante el siglo XIX⁸. De este modo, las fronteras nacionales aún continúan pesando, y mucho, en variados aspectos, por lo cual no hay que subestimarlas tampoco.

Por tal razón es que, a pesar de las indudables ventajas que trae implícitas, el sesgo transnacional no está inmune a varios tipos de problemas. En primer lugar aquel que se refiere a una cierta incapacidad para encontrar diferencias más sutiles, al

⁷ Autores como Slavoj Žižek (1996) o Terry Eagleton (1998), que han realizado amplios abordajes sobre tal concepto, constatan una variabilidad terminológica en su empleo. Aquí puede usarse como falsa consciencia o como un conjunto más o menos homogéneo de ideas eminentemente políticas.

⁸ Aldo Ferrer constata el hecho de que el índice de internacionalización del comercio durante el auge de la avalancha exportadora de la última década del siglo XX era a lo sumo de aproximadamente 20%, lo que significa que más de 80% de lo comercializado continuaba haciéndose localmente (1988). Por su parte, Atilio Borón observó que el índice de internacionalización de la plantilla gerencial de las 500 transnacionales más importantes era apenas de 2%, y que el grueso de la misma aún se reclutaba dentro de los connacionales de la casa matriz (1998).

preocuparse por la circulación sin profundizar, necesariamente, de forma sistemática y delimitada, como es exigencia del método comparativo, en las realidades locales.

Volviendo nuevamente a nuestro estudio de caso, grande fue la sorpresa cuando percibimos que en los años sesenta y setenta las ideas neoliberales se presentaban asociadas al discurso nacional y católico. Esa aparente contradicción pronto quedó resuelta al ponderar que la coalición establecida con sectores castrenses y conservadores así lo requería, como legitimación, a la vez que el discurso tecnocrático no poseía la capacidad para constituirse en hegemónico por sí solo, por lo que necesitaba el auxilio de otros tipos de argumentos, los que se sumaban debido a que veían como enemigo común el peligro comunista, en el que se podía incluir una amplia gama de posiciones, de fundamentos internacionalistas y ateos. En una etapa posterior, tal alianza fue deshecha, fuera porque sus intereses entraban en contradicción interna o porque ya no era necesaria, dado que el discurso tecnocrático se autosustentaba.

Así, que adoptemos una perspectiva transnacional no implica concomitantemente que debemos desterrar las comparaciones en el sentido más clásico, sino que el método tiene que adecuarse a nuestro objeto y no a la inversa. Las visiones transnacionales planean más libremente y, por ello, pueden traer indudables beneficios; no obstante, debemos estar atentos a las consecuencias de adoptarlas, tal como nos advirtiera Charles Tilly (1991). El peligro que ello conlleva es que tal esfuerzo consiga encontrar más semejanzas y menos diferencias de lo que un intento comparatista podría encontrar. Las lecturas desde esta última perspectiva nos proporcionan un mínimo de orden dentro de una lógica que es propia de cada país, y entenderlas debidamente es esencial para establecer matices.

A modo de demostración, la democracia es practicada por la gran mayoría de los países, en particular dentro del mundo occidental, pero su dinámica puede ser muy diferente de acuerdo con las culturas políticas de cada uno. De forma más específica, todos los países tienen estructuras burocráticas, las cuales actuaron en pro o en contra del neoliberalismo, y los militares pueden ser incluidos dentro de ellas, los que también se posicionaron en ese sentido, inclusive trabando alianzas con los otros segmentos. Muchos estudios ya señalaron el duplo componente burocrático-autoritario de tales regímenes políticos, como el trabajo clásico de Guillermo O'Donnell (1982), para quedarnos en aquel que tuvo mayor difusión y sin entrar en las críticas que se le hicieran; pero lo que no habíamos advertido era que tales lazos no se daban *in totum*,

sino entre fracciones, lo que podía dar resultados diferentes en cada caso particular⁹. Por lo tanto, aún es válido quizá el señalamiento que hiciera Marc Bloch (1976) de que el método comparativo se presta igualmente para caracterizar los perfiles de los casos singulares, contrastándolos con otros, no sólo para mostrar semejanzas, sino también para deshacer falsas analogías.

Otra de las virtudes de la comparación, que como venimos demostrando está lejos de ser incompatible con la perspectiva transnacional, es que permite localizar cuestiones y problemas que, de otra forma, serían posiblemente descuidados o ignorados. Muchas veces ello ocurre porque le ofrece al historiador la oportunidad de distanciarse de aquello que conoce mejor, y así poder ampliar su capacidad de problematizar los temas que investiga (KOCKA, 2003), al volver a cuestionarse sobre asuntos que anteriormente daba por resueltos.

El hecho de conocer a fondo la historia de otros países ya introduce nuevos problemas en la historia del que estamos investigando, desnaturalizando aquello que muchas veces se cree inmanente. Retornando al caso de los militares, percibimos que la formación de los mismos incidía mucho en sus comportamientos políticos, en particular su adhesión o rechazo a las ideas neoliberales. Analizando el caso brasileño más hondamente percibimos el papel que desempeñó la Escola Superior de Guerra (ESG) en la dinámica castrense, algo que en el caso argentino y chileno pasaba más inadvertido. Profundizando en el asunto, pudimos encontrar un aspecto que después se tornaría importante. La ESG brasileña fue de creación bastante tardía, de 1949, y desde entonces admite la presencia de civiles entre sus filas, lo que no ocurrió en Argentina o Chile hasta entrado el proceso de redemocratización. De esa forma, esa Escola actuó como un socializador común no sólo de uniformados, sino también de miembros de distintos segmentos de la élite, en particular empresariales y tecnocráticos, que en establecían en la Escola lazos que después podían ser continuados fuera de ella. Tal vez, esa sutil diferencia sea un elemento importante, que nos ayude a entender las razones por las cuales la dictadura brasileña tuvo un componente civil tan fuerte, con el que sólo el caso uruguayo tuvo parangón.

De todas formas, también es cierto que la historia comparada se torna mucho más compleja, productiva e interesante cuando no está confinada a las fronteras nacionales, tal como nos afirma Frederick Cooper (1996). La tarea del comparatista no

⁹ Hemos tratado de ello en varios trabajos, el más reciente e inclusivo es el de 2012.

se limita a evaluar similitudes y diferencias; ella puede ir mucho más allá, al explorar las interacciones (LIU, 1999). Es por ello que tal método se muestra muy útil en la formulación y respuesta a cuestiones causales (KOCKA, 2003).

La difusión tan apabullante del neoliberalismo en los años ochenta y noventa por extensas regiones del planeta nos llevó a cuestionarnos acerca de sus motivos, y lo decimos en plural porque no fue uno solo. En muchos casos, fue impuesto inclusive con el uso de la fuerza; pero esa explicación no resultaba suficiente, dado que en muchos casos no lo ocurrió de esa manera. Así, fuimos viendo que la mecánica de su difusión era mucho más sofisticada de lo que creíamos primeramente, y que incluía una gama muy diversa de recursos, como la cooptación, la alianza y el autodisciplinamiento. Así, analizando cada institución que lo abrazó, conseguimos construir las redes que operaban tras su difusión, algunas dentro y otras por fuera de las órbitas nacionales, que en algunos trabajos hemos categorizado como constelaciones, dado su intrincado panorama, y coaliciones (RAMÍREZ, 2012 y 2013).

Concomitantemente al análisis de su difusión en escala latinoamericana, nos preguntamos asimismo acerca de los factores que incidieron para que se le ofreciera tan poca resistencia efectiva, justamente en un subcontinente donde la fuerza de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) había sido tan fuerte, y donde había muchos gobiernos, inclusive cívico-militares, alineados con las posiciones de ésta. Nuevamente el papel disciplinador ejercido por las dictaduras y el campo de la economía dominante era una de las hipótesis más plausibles y usuales, pero nos resultaba insuficiente. Examinando detalladamente cada país, pudimos ver como las alianzas que anteriormente habían dado sustento al desarrollismo se habían disuelto o debilitado y no habían podido reconstituirse, dejando así el campo libre para sus opositores. Ello también fue vital para entender cómo su penetración había sido tan desigual en lo espacial, además de no ser tampoco uniforme en lo temporal, dadas las diversas etapas por las que atravesó, ya que hubo avances y retrocesos en una dinámica que fue todo mucho menos lineal y que solo se consigue entender en su plenitud si se observa el conjunto.

Cuando la excesiva especialización se convierte en barrera

El prefijo trans pareciera estar en boga también cuando hablamos de disciplinamiento. Muchos se ha escrito acerca de las diversas formas en que las ciencias

pueden salir de su clausura y colaborar, siempre de forma más elocuente en lo teórico de lo que se puede llevar adelante en términos de la praxis. Es en este terreno que las limitaciones de una investigación, se hacen más evidentes y se estrellan las mejores intenciones.

De cierta forma, las ciencias han presentado un comportamiento en espiral. No es una novedad que nacieron unidas en la filosofía, y poco a poco se desgajaron y distanciaron de ellas cada vez más. No obstante, en determinados momentos y esporádicamente vuelven a cooperar, en un movimiento que provoca una tensión difícil de equalizar.

Igualmente es algo bastante aceptado que los límites de las ciencias no han sido determinados por sus propios objetos, ni por razones teóricas, sino más bien por factores históricos, lo que a menudo ha hecho de que no se correspondan unívocamente a los mismos, superponiéndolos en la mayoría de los casos en distintos marcos disciplinarios simultáneamente, situación que obliga, muchas veces, a que debamos trascenderlos para intentar comprenderlos en su totalidad (MITTELSTRASS, 2011).

Por lo general, no solemos percibir tales movimientos, de acercamiento y distanciamiento, pero ello no quita que igualmente éstos produzcan efectos que se hacen sentir en nuestras producciones. En determinadas oportunidades esos acercamientos ocurren de forma banal, es decir que se dan sin reflexión, casi como un “bricolaje” teórico; en otras, acontecen de forma académica, o sea que por detrás de ellos hay un método (STRATHERN, 2004, 2006; WEINGART y STEHR, 2000).

Pero, que hagamos estos acercamientos desde la Academia no implica necesariamente que esa aproximación no sea superficial. Tal tipo de interdisciplinariedad es producto de la “complementariedad” que se da entre las diferentes ciencias, lo que, sin percibirlo, nos lleva frecuentemente a trabajarlas juntas pero de forma poco consistente.

Para ilustrarlo, recorro a otra alusión personal, esta vez mucho más íntima. Imbuida por el espíritu de la redemocratización, la Escuela de Historia de la Universidad Nacional de Córdoba encaró en 1986 al comando de Eduardo Bajo, que a la sazón sería mi director en las tesis de licenciatura y maestría, la reforma de su plan de estudios. Allí se introdujeron numerosas asignaturas a la par que se conservaban otras. En nuestro cursado se encontraban economía política, sociología, teoría política, geografía humana, antropología, filosofía y epistemología, además de las consabidas materias específicas, entre las cuales ya se incluía historia de Asia y África. Vale

recordar que en epistemología, Cayo García, su titular, tal vez por ser biólogo e historiador, nos introdujo tempranamente en la teoría de la complejidad. En ese escenario, los conceptos nos llegaban a borbotones, muchas veces sin poder determinar claramente desde dónde.

Tal vez allí radique la familiaridad para con esta temática y, sin duda, la inquietud por transponer sus límites, que un asunto como el neoliberalismo precisa, así como cierta impaciencia cuando soy llamado a respetarlos, reconociendo mi incapacidad para determinar lo que pertenece o no a la historia, dado que el carácter de ser anfibio no deja de tener igualmente sus pormenores.

Volviendo al asunto de este tópico, respecto de la relación entre disciplinas que se da de forma sistemática, el filósofo Hilton Japiassu (1976) distingue entre multi, pluri, inter y transdisciplinariedad, mientras que otros, como el físico Basarab Nicolescu (1999), autor del célebre *Manifiesto de la transdisciplinariedad*, aceptan sólo tres de esos términos, subsumiendo la multi en la pluridisciplinariedad. No obstante, todos concuerdan en que hay una graduación establecida basada en los niveles de cooperación y coordinación que se dan entre las disciplinas, entendiéndose por éstas a diferentes dominios de conocimiento, en la medida en que son sistematizados de acuerdo con distintos criterios.

Respecto de la multidisciplinariedad, podemos decir que se trata de un concepto que evoca una gama de disciplinas sobrepuestas simultáneamente, pero sin que aparezcan directamente las relaciones que pueden existir entre ellas. Es un tipo de sistema de un solo nivel y de objetivos múltiples sin que haya cooperación alguna entre tales disciplinas (JAPIASSU, 1976).

Desde esta perspectiva, la solución de un problema exige informaciones tomadas del préstamo de dos o más especialidades sin que las mismas sean modificadas o enriquecidas. El objeto de estudio es abordado desde varios ángulos pero sin que haya existido un acuerdo previo sobre los métodos a seguir, los objetivos a alcanzar y los conceptos a utilizar.

Ya la pluridisciplinariedad hace referencia a la yuxtaposición de diversas disciplinas situadas por lo general en el mismo nivel jerárquico, y agrupadas de modo que aparezcan algunas relaciones. Igualmente es un tipo de sistema de un solo nivel y de objetivos múltiples, que se distingue del anterior en que existe cooperación, aunque no haya coordinación (JAPIASSU, 1976).

En cuanto a los resultados, los dos conceptos presuponen una aproximación de contenidos desde disciplinas heterogéneas o la integración de contenidos en una misma, alcanzándose cuando mucho el nivel de la integración parcial de métodos, teorías y conocimientos. De ese modo, los objetos que investigamos se enriquecen y las concepciones se profundizan; no obstante, los mismos continúan inscriptos en el marco disciplinar original (NICOLESCU, 1999).

A modo de ejemplo práctico, la primera aproximación a mi objeto de estudio fue desde la historia pero, tal vez por lo expuesto al comienzo del apartado, rápidamente sentí la necesidad de auxilio, y tanto la sociología como la ciencia política lo proveyeron. En trabajos anteriores al análisis del neoliberalismo había usado la sociología de las organizaciones y del conocimiento, que ahora me han sido esenciales para comprender cómo las instituciones que estudiaba montaban sus estructuras, y reclutaban y formaban sus cuadros, para lo cual los centros neoliberales han mostrado una maestría sin par. En esa búsqueda, también quedé enormemente sorprendido por la facilidad que tales entidades y tecnócratas tenían para hacer parte de gobierno de diferentes orientaciones después del proceso de redemocratización, así como para inficionar partidos políticos de variado pelaje, inclusive concomitantemente. Para ello, la ciencia política me proveía de una explicación plausible. La crisis de los partidos desdibujó sus contornos más nítidos y los transformó en meras máquinas electorales, que tenían que salir a procurar programas y hasta parte, o totalmente en el caso del área económica, del elenco gubernamental en ese tipo de entidades cuando por ventura llegaban al gobierno.

Por su parte, la interdisciplinariedad involucra una axiomática común a un grupo de disciplinas conexas y definidas en un nivel jerárquico inmediatamente superior, introduciendo así una finalidad. Es un tipo de sistema de dos niveles y de objetivos múltiples, con la coordinación que es ejercida desde la instancia superior (JAPIASSU, 1976).

Aquí existe una relación de reciprocidad, de mutualidad, una especie de régimen de co-propiedad que posibilita un diálogo más fecundo entre varios campos del saber. También implica un cierto desprendimiento, dado que impone a cada disciplina el trascender su especialidad formando consciencia de sus propios límites para así poder acoger las contribuciones de las otras. Esta tarea no es menor, dada la poca disposición que a veces tenemos para apreciar otros puntos de vista, y para tornar legibles nuestros propios discursos.

Para pintar una idea de cuán difícil puede llegar a ser ese diálogo, traigo a colación una situación trivial pero suficientemente demostrativa. A pesar del mérito que situaciones como esas tienen, en las pocas veces que nos hemos reunido para exponer nuestros trabajos desde diversas ópticas, he podido percibir que los historiadores nos divertimos tratando de desbaratar las alegrías de los científicos políticos, al mostrar con nuestro inconmensurable arsenal empírico la inviabilidad de sus sofisticados esquemas teóricos. Y ellos nos responden, como prenda de cambio, con comentarios ácidos acerca de nuestra monumental capacidad descriptiva, la que consideran, casi siempre con justicia, inversamente proporcional a la analítica.

En cuanto a sus efectos, la interdisciplinariedad provoca intercambios generalizados de informaciones y de críticas, amplía los horizontes de la formación general y cuestiona la acomodación de los presupuestos implícitos en cada área. Sintéticamente, en vez de disciplinas fragmentadas, postula la construcción de interconexiones, con lo que se revela como un arma eficaz contra la pulverización del saber.

Tal propósito se consigue a través de la transferencia de los métodos de una disciplina a otra, en lo que se distinguen tres grados: el primero es el de aplicación; el siguiente, el epistemológico; y, el último, el de formación de nuevas disciplinas, donde el objeto es llevado a un nuevo campo, pero aún permanece ligado a los de origen (NICOLESCU, 1999).

Por último, la transdisciplinariedad presupone una coordinación sobre la base de una axiomática general de todas las disciplinas e interdisciplinas en un sistema con niveles y objetivos múltiples, así como una finalidad común (JAPIASSU, 1976).

Tal propuesta prevé una etapa superior que eliminaría, dentro de un sistema total, las fronteras entre las disciplinas. Sin usar esa palabra, lo que nos muestra que es bastante antigua y con las limitaciones del caso, en nuestra área tanto la filosofía marxista como el movimiento postmoderno, entre otros, utilizaron el paradigma transdisciplinar como propuesta metodológica, radicando las restricciones en el predominio excesivo de algunas explicaciones sobre otras, lo que no respetaba el principio de la horizontalidad que ahora reviste papel esencial.

Así, la interacción entre las ciencias busca algo más allá de toda disciplina; su finalidad es la comprensión del mundo presente, de forma que exista una unidad plural de conocimientos. Como dispositivo, lejos de estar acabada, la transdisciplinariedad es

una estructura discontinua de varios y diferente niveles de la realidad que se preocupa con la dinámica que su interrelación engendra (NICOLESCU, 1999). Por realidad se entiende aquí a todo aquello que resiste a la representación, la descripción y la imagen; mientras que por niveles se entiende un conjunto de sistemas naturales e invariantes bajo la acción de ciertas leyes. La transdisciplinaridad puede ser vista como un esfuerzo para integrar al conocimiento todo aquello que no puede ser explicado por el dominio de una única disciplina, de modo que el hombre sea recolocado en el centro del saber (BOURGUIGNON, 2001).

Como se puede percibir tales objetivos nos son fáciles de alcanzar. Transitar de un nivel de realidad, muchas veces estanco, a otro nos obliga a realizar un movimiento, lo que nos aproxima a una visión heraclitana (CAMUS, 2001). Ese acto no descaracteriza totalmente al sujeto investigador ni a su disciplina, sino que lo transforma dialécticamente, como bien postulan los bucles retroactivo y recursivo; esto es, el efecto actúa sobre la causa y viceversa, así como los productos y los efectos de una acción se convierten, ellos mismos, en productores y causantes de esa acción.

Una de esas reconversiones está representada en la actitud que es conveniente tomar respecto del acto de conocer, por lo cual la propuesta asume ribetes axiológicos, al prescribir como aconsejable el cultivo de una actitud de apertura y contacto con lo extranjero (PASSET, 2001), obligándonos muchas veces a desprendernos de la hojarasca con que nuestros *mettiers* nos revisten, como jergas veladas y oscuras, en su mayoría fuera de lugar, como demostrara Charles Wrigth Mills en su comentario mordaz al estilo críptico de Talcott Parsons¹⁰. De ese modo, es loable que la comunicación asuma un carácter horizontal, en el que todos compartan por igual sus conocimientos y saberes. La legibilidad no es apenas una cortesía para con los otros, dado que el doble carácter del lenguaje genera regularidades en el acoplamiento entre estructura social e identidades individuales, así como produce la reflexión que permite comprender el mundo dada su dinámica recursiva.

Sólo así es que cada investigador puede ser introducido en el área del otro; con el establecimiento de una relación en la cual se problematicen los conceptos de sus respectivos campos, que interroge los dispositivos prácticos y teóricos que el otro utiliza, a la vez que los suyos también son cuestionados. De ese modo, cada problema

¹⁰ En su libro en que hace reflexiones críticas sobre la sociología, Charles Wrigth Mills transcribió una página de Talcott Parsons totalmente inaccesible para los no iniciados, y la tornó comprensible para un público más amplio en la misma extensión de líneas (1961).

que no encuentra solución en un área puede ser llevado a otra vecina, en la cual, sometido a nuevas perspectivas, pueda llegar a hallarla. Así, la intersección de diferentes disciplinas, provoca cruces y nuevos anclajes entre campos capaces de posibilitar múltiples visiones simultáneas (WEINGART y STEHR, 2000).

Para Jürgen Mittelstrass (2011), la interdisciplinariedad normalmente significa una cooperación concreta con una duración determinada, en tanto que la transdisciplinariedad implica que la cooperación conducirá a un orden científico permanente y sistemático que va a cambiar el panorama de temas y disciplinas.

Desde ese punto de vista, la transdisciplinariedad no es un método ni una teoría, sino un principio de investigación y de concepción de la ciencia, por el cual la voluntad incondicional de aprender y la disposición a prescindir de las ideas disciplinarias propias nos obliga, necesariamente, a realizar una inmersión en los enfoques de otras disciplinas, lo que aumenta la capacidad de reformular nuestras perspectivas, objetivo que únicamente se alcanza mediante la producción de un texto común, en el que se funden los componentes disciplinarios (MITTELSTRASS, 2011).

Tampoco es una antidisciplina ni mucho menos la Panacea, y es aconsejable que recurramos a la transdisciplinariedad sólo cuando los problemas exceden los límites disciplinares, y se hace necesario ampliar esos campos, ir más allá de ellos o, en algunos casos, construir grandes perspectivas disciplinarias para superar esas rigideces. Por tal motivo, no se usan en todo momento ni existen formas puras de inter y transdisciplinariedad, de la misma forma en que ya no existen disciplinas que se mantengan en el total clausura.

Regresando a las cuestiones más concretas, un poco más adelante en mi investigación percibí que los problemas no paraban de crecer, sino que aumentaban de forma más rápida de lo que podía resolver hasta asumir proporciones insoslayables, por lo que mostraré a continuación un poco de ese inspirador alud.

Muchos son lo que se inclinan a ver la expansión del neoliberalismo como parte de una conspiración mundial de la burguesía, cierto o no, no deja de serlo, al fin y al cabo toda acción política tiene su dosis en cierto modo. Uno de los hechos que nos orientan a pensar en ese sentido es la acción de los hermanos Nelson y David Rockefeller, dos figuras que actuaron decididamente en esa dirección, reestructurando el Estado norteamericano, especialmente el primero que lo hizo desde diversos cargos que incluyeron el de vicepresidente; las instituciones mundiales, principalmente el Fondo

Monetario Mundial (FMI) y el Banco Mundial, a través de la Trilateral Comisión; así como las relaciones dentro de nuestro hemisferio, por medio del Council of the Americas (CLA), que aglutinó las acciones de otros dos centros similares. Por lo visto, comprender toda esa ingeniería sería imposible sin el auxilio de las relaciones internacionales.

De ese modo, las intenciones de reestructuración y normativas del neoliberalismo y las dictaduras entraron en la agenda de pesquisa, lo que no era algo menor, dado que el uno y las otras se veían a sí mismos como intentos refundacionales. En tal sentido, es importante destacar el papel que las ideas de la Escuela de Virginia y, en especial, de James Buchanam tuvieron tanto en la Constitución chilena de 1980, de clara raigambre neoliberal en muchos puntos, como en la promulgación de la Ley de Convertibilidad de 1992 en Argentina, la que, dicho sea de paso, tiene en ese status legal la causa de su éxito y fracaso, por lo cual promover un estudio desde el derecho también se hace necesario.

Ello nos abre la puerta para ver como en lo económico, lo social y lo político, el neoliberalismo se basa en una concepción del individuo y de la historia fundada en criterios epistemológicos elaborados concomitantemente. No debemos olvidar la inspiración de Frederik Hayeken ese sentido, así como las propuestas de Francis Fukuyama, hoy notablemente desacreditadas, o las de Karl Popper, que tuvieron mucho más éxito.

Siendo más específicos aún, estudiando la primera etapa de enraizamiento del neoliberalismo percibimos que las instituciones católicas colaboraban con instituciones que abrazaron el neoliberalismo más de lo que coyunturalmente, al igual que el discurso empresarial estaba fuertemente permeado por el de la Iglesia, como lo mostramos en el primer apartado. La historia de las religiones daba algunas respuestas, pero tuvimos que hurgar más en sus fundamentos filosóficos y teológicos para percibir las razones de esa imbricación. Su componente discursivo fue tan fuerte y cambiante que se hizo necesaria también la ayuda desde esa óptica; pero debemos reconocer que fue, paradójicamente, en la lingüística donde tuvimos las mayores dificultades para entender su palabrerío, floreado con excesivos tropos.

Tal ingreso nos llevó raudamente para la semiótica, pasando a escudriñar las imágenes de reuniones en busca de signos. Dos de los que aparentemente resultaban más triviales pero que posteriormente ganaron densidad, fueron el hecho de que el acto inaugural de la Fundación Mediterránea aconteciera en los claustros del Colegio

Nacional de Monserrat, institución tricentenaria de la Universidad Nacional de Córdoba, que se aprestaba a cumplir flamantes 400 años, y otro, las compras por parte de algunos miembros de las estancias Manuel Belgrano y La Paz, dos cascos que habían pertenecido a los jesuitas y a Julio Argentino Roca, presidente en dos oportunidades de su país. La lectura que conseguimos hacer era que con esos espacios los miembros recién llegados a la burguesía se apropiaban del pasado, de tradiciones, para legitimarse ante los más antiguos. Tal dato nos permitió entender mejor el clivaje–concepto que proviene de la geología, dicho sea de paso– existente entre la Fundación Mediterránea y la Fundación de Investigaciones Latinoamericanas (FIEL), otra entidad neoliberal con la cual ella competía, así como analizar más a fondo la estratificación que se daba en todas ellas, ya que a veces una sutil diferencia nos daba un sentido totalmente diferente. Comprendiendo las características y atribuciones que tenían los socios fundadores, adherentes y los activos en la Fundación Mediterránea pudimos establecer con base en esa primera categoría de socios, que eran los que ejercían el comando, la entidad de los intereses que dirigían la misma.

Poco a poco fuimos conformando una visión del todo, pero la gramática que alcanzábamos de la totalidad aún dejaba flancos preocupantes. La visión postpositivista cree que se pueden resolver la mayor parte de esos problemas y tener una visión de conjunto si procedemos igual a la forma en que se monta un rompecabezas, en este caso dinámico. La crítica constructivista le haría reparos a cierta ingenuidad de tal propuesta, ya que muchas veces es la visión del todo la que crea los problemas y encajan las piezas, las que nunca sería posible hacer totalmente caso se procediese inductivamente.

En este sentido, podemos mencionar que uno de los obstáculos más difíciles de enfrentar en estudios de objetos como el que trabajamos ha sido, sin duda, el de la falta de fuentes. Pocas son las huellas que deja el financiamiento ilegal de campañas, mencionado sólo al efecto de colocar uno de los casos más palpables, para lo cual suelen montarse esquemas sofisticados. Por ejemplo, el que ocurrió en Brasil durante la elección de 1962 por parte de la Embajada Norteamericana, que se valió del Fondo del Trigo, para irrigar generosamente las arcas de centenas de candidatos opositores a João Goulart, procedimiento de triangulación que con fórmulas parecidas es una costumbre corriente en este tipo de acciones, y practicada hasta nuestros días.

Por tal motivo, los estudios que se depararon con ese tipo de inconvenientes se vieron en la necesidad de asumir la tarea de echar mano a otro tipo de fuentes no

tradicionales, y la historia oral (con minúsculas) fue uno de los recursos más empleados para ese fin. El debate que ello abrió fue inconmensurable, yendo de asuntos prácticos, algunos triviales, si se quiere, como la transcripción, por ejemplo, a otros más *sui generis*, muy distantes de su origen primigenio. Para resumir y llegar rápido a sus consecuencias más lejanas. Al trabajar con la memoria en tales discusiones se involucraron cuestiones psicológicas y biológicas, en estas fisiológicas particularmente, en las que asuntos químicos también intervienen, para poder entender como ella se procesa y almacena, lo que nos habla ya de una enérgica demanda transdisciplinar.

El hecho de manipular, en el sentido de preparar, nuestros objetos y fuentes necesariamente no los contamina (BENJAMIN, 1987) y creer lo inverso tampoco no nos libera de que estén inoculados de la tan temida subjetividad. No existe observación sin sujeto, sin prisma, sin perspectiva y los documentos no hablan por sí solos.

Con todo, muchas veces nuestros objetos continúan inaccesibles, ya que no siempre los actores están dispuestos a testimoniar, ni hay garantías de veracidad, inclusive porque la opacidad es deliberada para poder alcanzar éxito, la que no necesariamente es señal de ilegalidad. Así hay muchos objetos que se tornan imposibles de asir con una metodología empirista. Por ello, tenemos que echar mano de otros procedimientos, como los hermenéuticos por ejemplo, que se valen de métodos indiciarios en muchos casos. Éstos, lejos de parecer esotéricos, a veces son herramientas bastantes sencillas que pueden ser aplicadas fácilmente y con alto grado de probabilidad de certeza. Del mismo modo que un test de embarazo se vale de los rastros que deja un estado particular diferente de otros para dar su veredicto, si registramos un cambio brusco en un actor y hay la presencia de un vector anómalo, muy probablemente éste sea su causa.

Puesto esto en términos concretos y sólo a título de esbozo, ya que no hemos tenido tiempo de seguir más a fondo los pasos de Samuel P. Huntington por Brasil durante 1973. Aun así nos resulta llamativo que después de su visita la política de la dictadura mudara radicalmente, comenzando en fecha posterior un proceso de “apertura lenta, gradual y segura”, Además de ser un cientista político, como socarronamente Ernesto Geisel despistara a los entrevistadores que preparaban su libro de memorias (1997)¹¹, era una figura influyente en el *stablishment* norteamericano, frecuentador de la Casa Blanca y una de las manos derechas de David Rockefeller en la *Trilateral*

¹¹ Un análisis sobre ese testimonio en un trabajo de nuestra autoría publicado en 2010.

Comission, por lo que sospecho que en su visita debe haber desempeñado más de lo que papel protocolar o académico.

De esta forma, paulatinamente nos soltábamos y comenzábamos a pensar más en el utillaje de otras disciplinas. Una de las prácticas frecuentes en las ciencias duras que también nos llamaron la atención, en ese caso más como editor de periódico científico que como investigador, fue el de descubrir la sección dedicada a revisiones, algo que las de nuestras áreas no tienen, por lo menos en el limitado universo de las que conozco. La pregunta que uno se hace es la de cuáles son las razones para replicar el trabajo de algo que ya se ha hecho.

Rastreando mis fuentes, seguí los mismos pasos de René Dreifuss, autor de una de las obras más monumentales sobre el golpe de Estado brasileño de 1964 (1981), la que muchas veces es tachada de exagerada, inclusive por intelectuales que la aprecian. Escudriñándolas pude constatar que él no se había alejado un milímetro de ellas, fiel al estilo empirista de su mentor, Ralph Miliband, del cual algo ya hemos hablado y que fue registrada en la polémica que mantuviera con Nicos Poulantzas en las páginas de *New Left Review*¹². Ese celo se muestra en el hecho de que de las 800 páginas que componen su libro, la mitad la haya dedicada a los apéndices de fuentes, guarismo que se eleva considerablemente si consideramos las generosas notas a pie de página con las que nos agració en su texto. Posteriormente, Carlos Fico (2008) también mostraría con material empírico recolectado en los Estados Unidos cómo el complot golpista había sido mayor de lo que muchos sospechaban y admitían, más o menos como el investigador uruguayo lo había propuesto inicialmente.

La moraleja que ello nos deja es que muchas veces la importancia de una investigación está en llegar al nivel de saturación, tomado aquí en términos químicos, de un problema dado y no en su extensión; es en ese estadio, y no en otros, que determinados cuestionamientos y respuestas pueden surgir.

Esto no implica, necesariamente que el conocimiento por extensión no sea también válido, inclusive para comprender mejor nuestro objeto, que, sin saberlo, puede beneficiarse con los debidos recaudos de procedimientos analógicos o de aproximación, como hemos mostrado un par de veces. La inmersión transdisciplinar bien puede ser el sacudón que nos haga falta para salir de nuestro limitado radio y encontrar en otros las respuestas que nos faltan.

¹² La polémica fue compilada por Horacio Tarcus (1994).

Cuando los dogmas nos sofocan

Para no alejarnos de la ola trans, iniciamos este apartado recordando que cincuenta años atrás, exactamente en 1962, salía a la luz la obra de Thomas S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, en la que postulaba que las mismas se daban fundamentalmente a través de cambios de paradigmas.

Las interpretaciones poco comprendidas de esa tesis, no ahondaban en otro fenómeno, tal vez tan importante como aquél. Que un paradigma se torne hegemónico o dominante en determinado momento, no significa que barra con todos los otros inmediatamente. Muchos de ellos subsisten, y el germen de otros nuevos ya puede estar presente. Inclusive, en el caso de aquellos que en principio se ven superados, pueden serlo de forma provisoria, en lo temporal, ya que más adelante tal vez la historia los redima.

Verbigracia ello ha ocurrido en nuestras disciplinas con los esporádicos anuncios del entierro del marxismo, que aún se mantiene vivo para explicar muchos fenómenos y no sólo como un espectro. También antiguos métodos que se creían condenados, como el de la biografía o la prosopografía, se han reactualizado y muestran renovado vigor.

En ciencias sociales es muy difícil que exista un paradigma incuestionable, por lo que, en cierta medida, podemos aplicar en este ítem, *Ibsis litteris*, lo que hemos discutido respecto de lo disciplinar. Ningún investigador trabaja hoy con un dogma puro y los que existen se han contaminado pecaminosamente en más de una oportunidad.

Algunos autores como Martyn Hammersley (1995) rechazan toda posibilidad de aislar un conjunto claro de supuestos paradigmáticos y alegan que sólo existe un *continuum* epistemológico, donde cada investigación particular invoca sus propios principios epistémicos.

En tal sentido, podemos constatar que aunque la tensión entre las matrices o gramáticas –para que no digan que tomo partido, racionalista-positivista y constructivista-interpretativista–, que en sus formulaciones más esencialistas se niegan mutuamente, no se ha disuelto del todo; las mismas actúan más como polos de fuerza que como compartimientos en los cuales encajonar nuestras interpretaciones.

Tal constatación no implica que exista una práctica multi, pluris, inter y transparadigmática abierta. Tradiciones del propio campo académico que se deben a las

modas en boga como a otros tipos de intereses, especialmente políticos¹³, han influido para cercar ese debate. Muchas veces pareciera que seguimos razonando con base en esquemas binarios y continuamos presos al principio del tercero excluido. En otras palabras, las revoluciones científicas sustituyen un paradigma por otro, generalmente *in bloc*, aprobado por lógicas propias pero a veces alejadas de los propios objetos.

Debemos destacar y aunque ya está implícito dado que todo constructo lo es, que los paradigmas son edificaciones históricas. Así, desde una perspectiva bourdiniana podemos agregar a la tesis de Kuhn que muchas veces esos cambios se deben a razones del propio campo académico o a otras que le son externas, particularmente provenientes del ámbito de lo político, pero que poco tienen que ver con la validez o no de sus respuestas, sobre todo en el terreno de las ciencias sociales, en las cuales los resultados son menos perentorios.

Cuando decimos que hay intencionalidad política lo hacemos porque en nuestro medio significó una oportunidad para desvencijarse de aquellos paradigmas más vetustos, introduciendo otros que por flamantes parecían tener naturalmente más brillo. No obstante, muchas veces ello traía aparejado que problemas, conceptos, métodos y teorías fueran desterrados al ostracismo *in totum*, tirando el niño junto al agua sucia del baño.

También ello nos habla de que esa construcción está pletórica de tensiones y conflictos, no siempre científicos en sentido estricto del término, inclusive algunos difíciles de comprender. Muchas veces dispensamos más energías impugnando paradigmas adversarios, aparentemente antagónicos, que aquellas que aplicamos para tratar de conciliarlos. Este fenómeno puede ser explicado por aproximación a otro problema que ha sido intensamente estudiado en ciencias políticas. Por lo general, las fuerzas partidarias que tienen propuestas programáticas parecidas dilapidan más esfuerzos en combatirse mutuamente, al luchar por el favor de una misma clientela en el mercado electoral, de lo que gastan para con aquellas que son verdaderamente enemigas, con las que llegan a trabar alianzas en muchos casos, que pueden parecer insólitas para quién desconoce la dinámica política.

En ocasiones los intelectuales nos enclaustramos en reductos, y no quiero usar la palabra gueto dado que su carga emotiva es muy fuerte y debe ser usada en su contexto

¹³ En ese sentido podemos señalar que el mismísimo Karl Popper fue miembro de la Sociedad Mont Pèlerin, una de las más conspicuas usinas de pensamiento neoliberal, al igual que otros epistemólogos, especialmente los auto titulados críticos, han servido a infinidad de causas de cuño político.

específico, y somos incapaces de considerar pulidamente que los argumentos del otro no sólo son válidos sino que pueden incluso poseer cierto grado de verosimilitud.

Sin embargo, tampoco debemos razonar de forma tan maniquea y dejar de reconocer que en muchas ocasiones acontecieron hibridaciones, concepto transdisciplinar como pocos, varias de ellas muy fértiles. En tal sentido y sólo a título de ejemplo, en las ciencias sociales varios paradigmas combinaron dosis de las matrices weberianas y marxistas, como el neoinstitucionalismo histórico y las posiciones bourdinianas, en particular las más antiguas, para citar dos de las que abrego a menudo y que han sido muy útiles para analizar el neoliberalismo. Particularmente en la intención de comprender procesos fruto de determinantes y autonomías al mismo tiempo.

Esas nuevas propuestas teóricas apenas practicaron el principio dialógico; es decir, que las nociones que debieran excluirse mutuamente se unieron y resultaron inseparables en un dado nivel de la realidad. Para muchos, ello puede parecer una herejía imperdonable, pero bien vale recordar que Marx decía que no había hecho otra cosa más que la de invertir la dialéctica hegeliana.

Igualmente otras teorías como la de la elección racional, en especial las propuestas de Mancus Olson sobre la acción colectiva, han sido apropiadas y resignificadas desde diferentes perspectivas, en primera instancia irremediabilmente antagónicas, como puede ser el neoinstitucionalismo económico o el marxismo analítico, en este último caso en particular por John Elster y Erik Olin Wright. Estos dos últimos, a su vez y paradójicamente, se aproximan en ese tipo de aproximación a la teoría de la elección pública, como la de James Buchanam, que daría fundamento a varias ideas que compondrían las bases de lo que hoy conocemos por neoliberalismo.

Muchas veces ese antagonismo se funda en el distanciamiento generado por los presupuestos en que tales paradigmas se basan, que suelen perdurar, por una serie de motivos, cuando éstos son derrumbados o modificados. Veámoslo funcionando en uno de los problemas más difíciles de resolver como es el de la determinación de la super por la infraestructura. El marxismo se asienta en ello en distintas versiones, siendo la que más me agrada aquella que la admite en última instancia, no obstante tal proposición fue severamente impugnada desde diversas corrientes, particularmente la weberiana, que postularon la autonomía de lo político.

Las evidencias empíricas parecían otorgarle la razón ora a unos, ora a otros, en especial cuando se trataba de aplicarla a los sistemas capitalistas avanzados, dado que en ellos la clase dominante, valga la redundancia, domina a distancia. El asunto quedaba

sin respuestas desde la lógica binaria, pero la situación cambió drásticamente con el advenimiento de la teoría de la complejidad que cuestionó ese tipo de razonamiento. Al aceptar el principio del tercero incluido, ya incuestionable en la física con el caso típico del comportamiento de los fotones, se podía encontrar un punto de encuentro. Por él, habría momentos en donde la determinación es ejercida, fundamentalmente cuando se requiere un mayor control por parte la clase dominante sobre aquellos que ejercen las funciones de gobierno, control y consenso, mientras que en otros períodos, menos conturbados, aquella puede dejarlos mucho más libres en el comando de los aparatos de Estado, ejerciendo su dominio de forma hegemónica.¹⁴

De ese modo, el cuestionamiento a determinados presupuestos no es un sacrilegio sino un deber. No obstante ello, ser heterodoxos o eclécticos no nos exime de hacernos responsables por dar cierta coherencia a nuestras propuestas metodológicas y teóricas, para que no se transformen en indigestos cocteles de conceptos, perdiendo, transmutando o tergiversando su capacidad enunciativa. Nada es totalmente impune; todo tiene sus implicaciones, pudiendo en este caso generarse con tal procedimiento muchas hibridaciones estériles.

Una de estas implicaciones que particularmente se tornan peligrosas es aquella que se vale del artilugio de colocar el prefijo neo, muchas veces con la intención de dar la falsa impresión de ser una actualización del pasado a secas, cuando en verdad es algo nuevo que intenta apropiándose de alguno de los dones de su presupuesto antecesor para legitimarse, o para indicar que trae algo nuevo, cuando en la realidad reedita los mismos vicios de su progenitor con el mismo propósito. Podemos colocar como un perfecto ejemplo de ello el caso del propio neoliberalismo, que difiere en mucho de liberalismo, en particular del político, con el cual está muchas veces irremediablemente enfrentado. Esta distinción nos ayuda a entender cómo el primero no tuvo empacho en engendrar y valerse de gobiernos autoritarios para imponerse.

De todos modos ésta no es una crítica a toda y cualquier actualización, sino un intento de demarcar algunas condiciones mínimas para hacerlo de modo adecuado. Cuando definíamos nuestro aparato conceptual, trabajamos arduamente para tratar de compatibilizar el concepto marxista de clase con el de élite, usado por Vilfredo Pareto, Gaetano Mosca, Robert Michels y el ya mencionado Charles Wright Mills, entre otros

¹⁴ Esa hipótesis fue enunciada en mi tesis de maestría de 1997 y publicada en 1999 en base a la enunciada por David Gold, Clarence Lo y Erik Olin Wright en un artículo de 1975.

autores que nos aportaron referencias valiosas y que no queríamos desechar, en especial la Ley de hierro de la oligarquía de Miches (1992), que se calzaba a pies juntillas con lo que ocurría en nuestras instituciones, como lo mostramos destacando el nepotismo existente en la última etapa que analizamos de la Fundación Mediterránea.

Finalmente, la solución encontrada fue la de emplear el concepto de elite como un estrato, o sea, que se podía comprender dentro del concepto de clase social, el que se basaba en una apropiación diferencial de poder, conocimiento o símbolos. Así, pudimos ver como todas las clases las poseían a su modo y la élite del poder se convertía desde esta óptica en el estrato dirigente de la clase dominante y no en una categoría exterior a ella.

Así, esto no es una defensa de la ingenuidad metodológica, que por momentos une elementos escasamente conciliables en construcciones que no resisten ni un soplo siquiera, sino la admisión de que nuestros paradigmas llegan, a lo sumo, a ser teorías de alcance intermedio, à la Robert Merton (1965), y que poseen indudables puntos ciegos, que precisan de explicación. Por ello es necesario hacer una vigilia consciente, a través de la crítica heurística, de la apropiación de teorías y conceptos, con los cuales podamos llenar nuestras irremediables lagunas.

Inconclusión

Es un lugar bastante común escuchar que la tarea del investigador es la de formular más y mejores preguntas que respuestas. Ese ha sido el objetivo de este artículo, que por ello considero ha cumplido con parte de su objetivo, al hacer inteligible algunos cuestionamientos que nos serán útiles, y a otros también pueden serlo, en la prosecución de una labor que nunca para.

Inexorablemente se nos deben de haber quedado muchas ideas en el tintero y otras, tal vez la mayoría, no salgan apenas de un esbozo, pero creo que algunas cuantas se han sistematizado lo suficiente como para dudar del *status quo* que muchas veces creemos férreamente establecido y, por qué no, transgredirlo cuando creamos que los marcos que nos impone ya no nos sirven para encontrar respuestas a nuestras preguntas, que para ello se hacen.

Parfraseando nuestro epígrafe, que siempre nos inspira, el reto ha sido el tratar de interpelar un objeto con el propósito de hacer inteligible y en voz alta una gramática que lo muestre en varias de sus dimensiones, ya no con la intención de encontrar la certeza absoluta, sino con la de traer un poco de claridad, ver parte de sus múltiples

conexiones y comprender algo del todo, en una búsqueda por un camino sin fin, en la que precisamos de lazarillos y no de cercos.

Pues será en la conjunción de conceptos de distintas disciplinas y hasta cosmovisiones, nos atrevemos a decir, que encontraremos las herramientas para transparentar la opacidad, para no relatar sólo lo obvio. Embadurnarnos de nuestro objeto no nos contamina de impurezas; al contrario, dado que desterrando el miedo a herir la falsa objetividad es que conseguiremos alcanzar la viscosidad necesaria para tornarnos, como diría Walter Benjamin, imbatibles y, de esa forma, alcanzar lo que nos parece inaccesible, desvelar lo oculto y percibir las interrelaciones.

Referencias Bibliográficas

ANDERSON, Benedict. **Imagined communities: reflections on the origin and spread of nationalism**. Londres y Nueva York: Verso, 1983.

ANDERSON, Benedict. **Nação e consciência nacional**. São Paulo: Ática, 1989.

BALAKRISHNAN, Gopal (org). **Um mapa da questão nacional**. Rio de Janeiro: Contraponto, 2000.

BASCH, Linda; GLICK SCHILLER, Nina y SZANTON-BLANC, Christina. **Nations unbound, transnational projects, postcolonial predicaments and deterritorialized Nation-State**. Holanda: Gordon y Breach, 1994.

BENJAMIN, Walter. **Discursos interrumpidos**. Madrid: Taurus, 1987.

BLOCH, Marc. El método comparativo en la historia. In: CARDOSO, Ciro Flamarion y PEREZ BRIGNOLI, Héctor. **Perspectivas de la historia contemporánea**. México: Secretaría de Educación Pública, 1976.

BORÓN, Atilio. Estado, mundialización y bloques regionales. **Revista Ciclos**, año VIII, vol. VIII, nº especial 14-15, 1er. Semestre de 1998.

BOURGUIGNON, André. De la pluridisciplinarité a la transdisciplinarité. **Bulletin interactif du CIRET (Centre International de Recherches et Etudes Transdisciplinaires)**, vol. 15, 2001, pp. 120-127.

CAMUS, Michel. Quelle université pour demain? **Bulletin interactif du CIRET (Centre International de Recherches et Etudes Transdisciplinaires)**, vol. 15, 2001, pp. 89-92.

COOPER, Frederick. Race, ideology, and the perils of comparative history. **American Historical Review**, vol. 101, nº 4, 1996, pp. 1122-1138.

COSTA, EmiliaViotti da. Novos públicos, novas políticas, novas histórias: do reducionismo econômico ao reducionismo cultural: em busca da dialética. **Anos 90**, nº 10, diciembre de 1998.

D'ARAÚJO, Maria Celina e CASTRO, Celso (org.). **Ernesto Geisel**. Rio de Janeiro: FGV, 1997.

EAGLETON, Terry. **Ideologia**. São Paulo: Boitempo/UNESP, 1998.

FERRER, Aldo. **Hechos y ficciones de la globalización. Argentina y el MerCoSur en el contexto internacional**. Buenos Aires: FCE, 1997.

FICO, Carlos. **O grande irmão: da Operação Brother Sam aos anos de chumbo – o governo dos Estados Unidos e a ditadura militar brasileira**. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2008.

GOLD, David; LO, Clarence y WRIGHT, Erik Olin. Recent developments in Marxist theory of the Capitalist State. In: **Monthly Review**, vol. 27, nº 5, noviembre de 1975, pp. 29-43.

GUBA, Egon G. y LINCOLN, Yvonna. S. (1994). Competing paradigms in qualitative research. In: DENZIN, Normand K. y Lincoln, YVONNA. S. (eds.). **Handbook of qualitative research**. Thousand Oaks: Sage, 1994, pp. 105-117.

GUSDORF, Georges. Pasado, presente y futuro de la investigación interdisciplinaria. In: BOTTOMORE, Thomas, (coord.) **Interdisciplinaridad y ciencias humanas**. Madrid: Tecnos / UNESCO, 1983, pp. 32-52.

HAMMERSLEY, Martyn. **The politics of social research**. Londres: Sage Publications, 1995.

HOBBSAWN, Eric. **Nações e nacionalismo desde 1780**. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1990.

JAPIASSU, Hilton. **Interdisciplinaridade e patologia do saber**. Rio de Janeiro: Imago, 1976.

KOCKA, Jürgen. Comparison and Beyond. **History and Theory**, Vol. 42, nº 1, Febrero de 2003.

KUHN, Thomas S. **The structure of scientific revolutions**. Chicago: University of Chicago Press, 1962.

LIU, Lydia. **Tokens of exchange: the problem of translation in global circulations**. Durham: Duke University Press, 1999.

MERTON, Robert. **Teoría y estructura social**. México: FCE, 1965.

MILIBAND, Ralph; POULANTZAS, Nicos; y LACLAU, Ernesto. **Debates sobre el**

Estado Capitalista/1. Estado y clase dominante. (Compilación y estudio preliminar de Horacio Tarcus). Buenos Aires: Imago Mundi, 1994.

MILLS, Charles Wright. **La imaginación sociológica.** México: FCE, 1961.

MITTELSTRASS, Jürgen. On Transdisciplinarity. **Trames**, vol. 15(65/60), nº 4, 2011, pp. 329-338.

MORIN, Edgar. **Introducción al pensamiento complejo.** Barcelona: Gedisa, 2001.

NICOLESCU, Basarab. **La transdisciplinarité, manifeste.** Paris: Éditions du Rocher, 1997.

NICOLESCU, Basarab. Manifeste sur la transdisciplinarité. **Bulletin interactif du CIRET** (*Centre International de Recherches et Etudes Transdisciplinaires*, vol.10, 1999, pp. 34-40.

NICOLESCU, Basarab. Transdisciplinarity and complexity: levels of reality as source of indeterminacy. **Bulletin interactif du CIRET** (*Centre International de Recherches et Etudes Transdisciplinaires*, vol. 15, 2000, pp. 71-75.

O'DONNELL, Guillermo. **El Estado burocrático autoritario:** Triunfos, derrotas e crisis, 1966-1973. Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1982.

PASSET, René. Le développement durable: De la transdisciplinarité a la responsabilité. **Bulletin interactif du CIRET** (*Centre de Recherche et Etudes Transdisciplinaires*), vol.15, 2001, pp. 170-176.

POULANTZAS, Nicos. **Poder político y clases sociales en el Estado capitalista.** México: Siglo XXI, 1970.

RAMÍREZ, Hernán. **La Fundación Mediterránea:** estudio de caso de la relación entre entidades empresarias y partidos políticos. Tesis de Maestría. Córdoba: Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, 1997.

RAMÍREZ, Hernán. **La Fundación Mediterránea y de cómo construir poder.** La génesis de un proyecto hegemónico. Córdoba: Ferreyra Editor, 1999.

RAMÍREZ, Hernán. A ditadura fala? Reflexões sobre os testemunhos orais através de entrevistas concedidas por Ernesto Geisel e Jorge Oscar de Mello Flôres. **Tempo e Argumento**, v.2, nº 1, 2010, pp. 21 - 51.

RAMÍREZ, Hernán. A configuração das alianças golpistas nas ditaduras de Brasil e Argentina: uma perspectiva a partir da imbricação cívico-militar. **Estudos Ibero-Americanos**, v. 38, nº 1, enero-junio de 2012, pp. 62-80.

RAMÍREZ, Hernán. El neoliberalismo sudamericano en su fragua: la imbricación de ideas, intereses y poder. **Estudios del ISHiR**, v. 5, 2013, pp. 101-120.

HERNÁN RAMÍREZ

STRATHERN, Marilyn. A community of critics? Thoughts on new knowledge. **Journal of the Royal Anthropological Institute**, vol. 12, n° 1, 2006, pp. 191-209.

STRATHERN, Marilyn. **Commons and borderlands**: working papers on interdisciplinarity, accountability, and the flow of knowledge. Oxon: Sean Kingston Publishing, 2004.

TILLY, Charles. **Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes**. Madrid: Alianza, 1991.

WEINGART, Peter y STEHR, Nico. **Practising interdisciplinarity**. Toronto: University of Toronto Press, 2000.

WITTGENSTEIN, Ludwig. **Investigaciones filosóficas**. Barcelona: Crítica, 1988.

ŽIŽEK, Slavoj. **Um mapa da ideologia**. Rio de Janeiro: Contraponto, 1996.

Artigo recebido em 18/02/2013

Artigo aceito em 17/07/2013